

casa de una á quien llevo muy buenas noticias.

—No creo que á la reina le hará usted creer que es usted el diablo en persona.

—No, porque ella me conoce desde muy joven frecuentando su corte. Una verdadera mujer, es la reina, una cabeza y un corazón.

—Y dos ojos como el cielo de España.

—Adiós, querido mío. Busque á Carolina, entre usted en campaña para encontrarla y salvarla, á menos que su destino sea irrevocable.

El marqués partió.

No sabía yo dónde comer, y entré en el café Inglés. En uno de sus gabinetes particulares me puse á hojear el manuscrito atado con cinta rosa.

—¿Qué es lo que podrá contar? decía entre mí; Carolina es mujer de espíritu inquieto, amante de lo imprevisto; tiene horror á las cosas vulgares, tal vez su manuscrito sea en realidad interesante.

Eché una rápida mirada al principio.

Pasé una hora leyendo rápidamente. Y ahí tienen ustedes la historia que sigue, tal cual la leí, con sus faltas de ortografía, que los impresores harán bien en no respetar.

II

Mis confesiones

15 Diciembre, 1878.

¿Os gustan los prólogos? Para mí el libro de la vida es el prólogo de la muerte. Pero el prólogo no es más que una página y el

libro tiene mil. No gastaría yo mucha tinta de Virtud para referir mis hechos y mis gestos si el azar no me hubiese arrojado en una comedia parisina de donde no puedo tomar algunas figuras, escenas y cuadros.

Para la historia de una época son buenos también los garabatos de las mujeres, aunque sean éstos los garabatos ligeros de mujeres ligeras.

Es sabido que muchas veces el ojo femenino ha hecho descubrimientos donde la filosofía no ha visto nada; y es que las mujeres penetran mucho más adelante que los historiadores en los bastidores de todos los teatros. Ellas ven á los comediantes del mundo antes que ellos entren en escena y los vuelven á ver cuando regresan de sus triunfos ó de sus derrotas.

No he escrito estas *memorias* por el placer único de hablar de mí. Perdida y vuelta á encontrar por el amor, deseo salvar por el amor mismo á las que me lean; alguna será.

Tal vez me equivoque y es imposible que haya escrito mis *memorias* solo para mí á fin de recordar los días embriagadores en que me abandonaba á olas voluptuosas.

Escribir nuestra vida es vivir dos veces. Además, ¿por qué no confesarlo? Confío en que mi último amor, Marcial de Briançon, leerá estos recuerdos.

Quiero arrasarle los ojos en lágrimas cuando ya no existiré.

¿No es este el sueño supremo de una mujer que va á morir?

Marcial muchas veces me ha rogado le

contara los primeros días de mi juventud asegurándome que quería vivir toda mi vida, como los que llegan muy tarde ante un parterre de rosas, pero que aspiran con encanto el perfume de las rosas ya marchitas.

Viajera temeraria, llevada por las inevitables corrientes de un mar erizado de escollos, antes de estrellarme contra el más terrible de todos, he podido entrever islas cubiertas de fresco verdor, tranquilas y umbrosas, poseyendo la dicha del que vive solo al abrigo de las tempestades en el seno mismo de esas regiones donde nacen, estallan y triunfan las más violentas pasiones. He querido erigir en vano un faro sobre sus acantilados que me han hecho caer de naufragio en naufragio y he podido únicamente levantar la topografía del país de la dicha entreviéndolo á través de dos huracanes.

Perdóname, lector amigo, si uso demasiado el lenguaje del marino, pero no en vano he recorrido los océanos del pecado.

Además, mi abuelo fué vicealmirante. Este recuerdo me hace inclinar tristemente la cabeza.

Mi vida es un tejido de dolores bajo una carcajada.

Quando contaba dieciséis años y creía en todo, hasta en el amor, una preciosa golondrina vino á batir sus alas contra el cristal de mi cuarto. La cogí, la besé y la puse en el cuello la cinta rosa que ataba mis cabellos. De pronto, quiso huir y dióse un violento golpe en la cabeza contra el cristal, creyendo que era el espacio azul que veía

tras de aquél. La golondrina murió en mis manos y bajo mis labios.

Aquello fué un triste pensamiento para toda mi vida.

Muero como la pobre golondrina. ¡Hemecado un golpe en la cabeza y en el corazón contra el amor creyendo ver el cielo y no he hallado más que la muerte!

III

Donde se trata de Friné

He olvidado decirnos mi nombre. No soy conocida más que por un pseudónimo; todo el mundo me llama Carolina Aumont, pero me llamo por bautismo Diana de F*** de Aumont.

Si no sois indiscretos, os diré que tengo derecho á la corona de condesa.

Quando nací, nací rica; pero esa fortuna muy antigua la perdí antes de llegar á la edad de la razón. ¡La edad de la razón!

No he sabido nunca contar tal edad.

La edad de la razón, es, para mí, la edad de la muerte, diría yo, si quisiera pasar por el octavo sabio de la Grecia.

Mi familia, después del último naufragio, se refugió en París, cerca de la isla de San Luis.

Todavía no desesperábamos; alquilamos un cuarto que era grande, lleno de aire y de luz, tal vez algo destartalado, pero los muebles aún lucían en sus esquinas.

Mi madre no salvó del naufragio más fortuna que sus tres hijos, una pensión del Estado y muchos créditos dudosos.

30325

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"C" 13
SAN ANTONIO, MEXICO